

reanude sus relaciones con ella, después de habérselo yo prohibido formalmente en la entrevista que tuve con él en San Angel.

—Bien, don Emilio; usted, como padre amoroso, conoce de qué lado está la felicidad de su querida hija.

—Le repito a usted que Clotilde será suya.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

Duval estrechó la mano de su interlocutor, y salió de la sala confiando en el triunfo; don Emilio recobró su alegría, se pintó en su rostro el placer más intenso; sacó del bolsillo la carta que pocos momentos antes había escrito; la rompió, arrojó por el balcón los pedazos de ella, y se empezó a pasear por la sala con aire satisfecho.

Clotilde miró afligida a su protectora; ésta le correspondió con otra mirada intensa de compasión.

—¡Madre mía!... ¡Madre mía!...—exclamó la joven arrojándose llorosa en los brazos de Inés, que la estrechó contra su pecho—. ¡Todo acabó para mí..., ya no hay esperanza!...

—Sí, sí; hay todavía; ten confianza, Clotilde—contestó Inés, cubriéndola de besos y caricias.

—¿En quién?

—En Dios—exclamó Inés, señalando al cielo con ardiente fe—, y en tu madre, en tu amiga, que nunca te abandonará.

CAPITULO XII

Escena de amores

Era Luz hermosa como una de esas bellas concepciones que brotan de la fecunda imaginación de los poetas; una mujer de contornos divinos, que realizaba las miríficas formas de esos angélicos seres que nos presenta deslumbrantes y aéreos la rica imaginación en nuestros más dulces y delicados ensueños.

Las candidas azucenas de los floridos valles de Anáhuac habían comunicado a su hechicero rostro la blancura de sus delicadas hojas; la flor del granado había desleído sus púrpuras tintas en sus frescos y rientes labios y en sus finísimas mejillas; el brillante oro de su patria vertió en su abundante y ondulado cabello, y en finísimas hebras, el precioso color que él rubicundo Apolo ostenta en su luciente

cabellera; el limpio cielo de la esplendente América fué a colocar en sus serenos ojos el claro azul de su apacible bóveda, y las brisas primaverales de los vergeles del Nuevo Mundo, llevaron a su boca virginal la celestial sonrisa de los ángeles. Su cuerpo, esbelto y flexible como el de la ligera Diana en medio de los bosques, estaba envuelto en una flotante bata blanca de finísimo linón, oprimiendo su estrecha y delicada cintura un precioso cinturón azul de fina seda, a quien las Gracias prestaron los hechizos y el irresistible poder que al misterioso cordón con que, risueñas y apacibles, engalanaron la sutil cintura de la hermosa Venus; su pie, breve y delicado como el de las graciosas Nereidas, estaba velado por un exquisito zapato blanco de raso, de primorosa hechura, y sus torneadas y pequeñas manos, blancas y suaves, como las de la bella escanciadora de los dioses, la seductora Hebe, numen de la Juventud, sostenían un lujoso libro, lujosamente empastado, que acababa de cerrar al ver asomarse en la puerta de la brillante sala a un joven de elegante porte y de interesante figura, alto, bien formado, de rostro varonil, suavemente moreno, de ojos negros, de mirar dulce y expresivo, frente espaciosa, ceja negra y arqueada, bigote bien cortado, larga perilla y lustroso cabello negro, con elegancia peinado.

—Buenos días, encantadora Luz—dijo el que acababa de entrar, dirigiéndose a la joven, y tendiéndole la mano con fina galantería.

—Te estaba esperando con impaciencia, querido Rafael—contestó Luz con suave tono, más blando que el canto de las sirenas—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el deseo de salvar a tu padre me roba muchas veces la felicidad de verte.

—Gracias, Rafael, gracias por los generosos esfuerzos que haces para que vuelva a nuestro lado.

—Y ¿cómo no hacerlos, cuando de su vuelta depende mi felicidad, mi dicha suprema, la posesión de tu mano, que es el único bien que ambiciono sobre la tierra?

Y Rafael estrechó entre las suyas la delicada mano de su amada, que le envió una de esas dulcísimas miradas, en que la mujer expresa bondadosa todo su cariño, toda su ternura, todos sus afectos, entero su amor...

—¡Qué dichosa soy al escucharte! Cada una de tus palabras es un raudal de celestial esencia, que inunda mi corazón de angélica ventura.

—Y, sin embargo, ellas no son sino un defectuoso intérprete de los íntimos sentimientos de mi alma.

—¿De veras?

—Sí, Luz mía; porque para que mis conceptos pudiesen expresar fielmente mis afectos, sería preciso que fuesen sobrehumanos, como lo es mi amor.

—Te creo, te creo, Rafael—dijo la joven tiernamente conmovida, y dejando ver en su divina faz las señales del placer—; sí, te creo, porque yo también veo que es muy pobre el idioma de los hombres para expresar con la fuerza, con la verdad, con la dulzura inefable que siento, esa mezcla agradable de amorosos afectos que embriaga el corazón con una superabundancia de felicidad que hace asomar a los ojos las balsámicas lágrimas que vierten los venturosos amantes, porque es estrecho el corazón para contener la ventura en que se inunda.

Y en los ojos de la hermosa Luz brillaron en aquel instante las mismas lágrimas que, temblando un momento en sus largas pestañas, como las gotas del limpio rocío en las hojas de la naciente flor, rodaron suavemente por sus sonrosadas mejillas.

Rafael vió en ellas la extrema bienaventuranza de los ángeles, y embriagado de delicias y de amor, la estrechó tiernamente la mano, que aproximó a sus ardientes labios, la llevó luego a su palpitante corazón, y se quedó contemplando la bellísima faz de aquella encantadora mujer, sin poder pronunciar una palabra, sin que formularsen sus labios un acento; pero con ese elocuente silencio en que el alma expresa en la mirada dulcísima que envía, toda su felicidad y todo su amor.

¡Preciosos instantes de la vida! ¡Únicos de gloria y de placer que encuentra el hombre en medio de las miserias de este mundo! ¡Sublimes destellos de las eternas venturas de la gloria; pero que desaparecen apenas se vislumbran y nos halagan, porque sólo descienden un instante a la tierra para hacernos comprender las inefables dichas de los cielos!

—¡Ángel mío!...—exclamó Rafael, conmovido aún por el placer que habían vertido en su pecho las mágicas palabras de su amada—. Tú has hecho descender al mundo todos los deleites de la gloria para embriagarme con ellos; tú, sí, alma mía, porque tú eres el numen de todos los bienes; tú mi corazón, tú mi pensamiento, mi delicia, mi amor, mi existencia, el cielo en que se recrea mi alma, la luz en que se deleita mi vista, el mundo en que se encierran mis aspiraciones y mis deseos, el benéfico genio que acoge cariñoso mis ternísimos suspiros.

—¡Rafael!... ¡Querido Rafael!...—exclamó la joven, y no pudo continuar; el exceso del placer había debilitado sus fuerzas, y las palabras habían cedido su lugar a ese balsámico llanto que brota el corazón cuando se encuentra henchido de pasión.

Rafael, arrebatado de dicha por aquel rasgo de cariño, que realzaba los hechizos de la mujer que amaba, la tomó una mano, y estrechándola apasionadamente entre las suyas, continuó:

—¡Oh!... ¡Tus lágrimas son el lenguaje sublime de tu alma virginal y amorosa! Sí, Luz mía, créemelo; tú eres cuanto hay que ser para mí; tú eres el alma de mi alma; tu aliento el que me da vida; tú la tranquilidad de mi espíritu; el ser celestial que Dios formó para mí; con tu amor se engrandece mi alma, se eleva mi pensamiento, se ennoblecen mis ideas; tu acento me enaltece; tu cariño me eleva; tu preferencia me hace superior a mí mismo, porque amándome tú, mi corazón se identifica con el tuyo, que es el de un ángel.

—¡Oh!... ¡Tu amor es mi felicidad!—dijo Luz profundamente conmovida.

—¡El amor es la felicidad del mundo!—exclamó Rafael con amoroso entusiasmo—. Es el soplo vivificador con que el Eterno animó la naturaleza entera; su trono ocupa los inmensos espacios y los ámbitos del mundo; todo lo invade, todo lo anima, todo lo embellece; a su celestial contacto todo se regocija y se complace; los límpidos arroyos descienden murmurando por entre las pintadas flores, que amorosas abren su virginal corola, ostentando el esmaltado brillo de las temblantes gotas en sus flexibles y esmaltados pétalos; cruzan la región etérea las canoras avecillas cantando en armoniosos trinos su inocente amor; las inquietas mariposas vagan en tortuoso vuelo en los floridos valles en pos de su delicada pareja; y al mágico ardor de ese efecto sublime, germinan las plantas, titilan las estrellas, el sol resplandece, y todo respira encanto y alegría.

—Sí, sí; es verdad—exclamó Luz, sintiéndose inspirada por el entusiasmo de su amante—; su grato y poderoso imperio invade el orbe entero, y a su benéfico influjo los seres todos cambian de aspecto y de existencia. Yo, cuya inocente vida rodaba en un mar en calma, en un mundo apacible, sin otros atractivos que los sencillos de la naturaleza; yo que miraba resbalar las horas con la fría indiferencia de un ser privado de todo sentimiento, desperté de repente al encanto de tu voz, de aquel triste estado de la vida material en que vegeta la criatura, al mundo espiritual en que se alimenta el

alma con el soplo del amor, que da nuevo colorido, nueva vida y nuevos encantos a los objetos que antes mirábamos sin fijar en ellos la atención, sin comprenderlos. Mis ojos no miraban otros seres dignos de aprecio que los que cuidaron de mi infancia; mis oídos no escuchaban más palabras que agradables creyeran, que las tuyas; mi corazón no sentía inclinación sino a ellos; un sueño tranquilo cerraba mis párpados, y la luz del nuevo día miraba con la misma indiferencia con que había visto llegar las sombras de la noche. Yo era feliz; pero mi felicidad era una felicidad muerta, sin atractivo, sin color; una felicidad negativa, en que desconocía los goces supremos, las delicias sin guarismo, los afectos íntimos y tiernos que a la magia de tu acento sentí descorrer a mi vista, conduciéndome a un mundo enteramente nuevo y risueño, lleno de luz, de aroma y de armonía, en que el alma se encuentra rodeada de una sucesión de angélicos placeres, de interminable ventura y de celestial amor; a un mundo mirífico, donde los días son fugaces instantes, y los instantes forman la felicidad de toda la vida.

Rafael escuchó las palabras de la hermosa Luz con una conmoción íntima que se revelaba en la velada mirada de sus humedecidos ojos, en la ligera y melancólica contracción de su semblante, en la voluptuosidad de sus entreabiertos labios, donde vagaban, en dudoso concierto, la apacible sonrisa del placer y el ligero impulso de la palabra próxima a escapar.

La simpática joven le miró al terminar sus palabras con la más profunda ternura; los ojos de ambos se encontraron; claváronse las miradas, exprimiendo el corazón en ellas toda la esencia de una pasión sin límites; y subyugados ambos por el dulce magnetismo del amor, permanecieron en profundo silencio, unidas sus manos, mirándose de hito en hito, y dejando ver en sus dormidos ojos las transparentes lágrimas, próximas a escaparse.

En esos deliciosos momentos, el alma bebe todas las dichas imaginables, el corazón se hincha con el exceso del placer, y no cabiendo en el pecho los deleites que le inundan, los hace salir en abundante y misterioso llanto.

—¿Y mi padre?—dijo Luz, pasado aquel instante de amorosa embriaguez—. ¿Has conseguido algo con respecto a su libertad?

Wiley iba a entrar, y se detuvo detrás de la puerta al ver a los dos amantes, para escuchar, sin ser visto, lo que hablaban.

—Me habían prometido alzarle su destierro para esta fecha;

pero parece que un enemigo oculto, que no he podido averiguar quién sea, ha presentado nuevas acusaciones nulificando mis pasos.

La joven quedó triste y abatida.

—Ese empeño en que mi padre permanezca en su destierro—contestó con doloroso acento—, me hace temer nuevos obstáculos que retarden nuestra deseada unión.

—No; yo trabajaré para descubrir quién es ese enemigo que se opone a nuestra felicidad, y entonces...

El doctor aplicó el oído para no perder ni una de las palabras de Luz, resuelto a vengarse en caso de que revelase la más mínima cosa a su amante.

—No—contestó la joven afligida—; yo te ruego que no indagues su nombre.

—¿Tú?

—Sí, Rafael; y te agradeceré mucho que me concedas esa gracia.

—No comprendo...

—Prométeme que no darás paso alguno para descubrir el nombre de la persona que se opone a la libertad de mi querido padre.

—Pero, ¿por qué es ese empeño?

—Porque...—Wiley aplicó el oído para recoger todas las sílabas—, porque yo creo que ese enemigo no existe..., que los obstáculos nacen, sin duda, del mismo gobierno.

—No, Luz mía; estoy seguro de ello; no me cabe duda; no pueden engañarme mis amigos; existe ese malvado.

—Pues bien; ¿qué nos importa su nombre?...—exclamó sobresaltada con el recuerdo de las amenazas de Wiley—. Más vale ignorarlo, para no tener a quien aborrecer individualmente. ¿No es mejor que pulsemos todos los medios para alcanzar un resultado favorable, que ocuparnos en averiguar el nombre del enemigo que nos ataca?

—Es que temo que estos obstáculos reconozcan, no el origen de una enemistad directa a tu buen padre, sino...

—¿Cuál?

—El amor.

—¡El amor!—dijo Luz palideciendo, y temerosa de que Rafael sospechase lo que había en realidad.

El doctor prestó mayor atención.

—Sí, el amor.

—No sé lo que quieres decir.

—Hermosa mía, ¿me prometes responderme con ingenuidad, sin ofenderte por la pregunta que voy a hacerte?

—¿Puedes dudar de mi sinceridad, ni yo de la buena intención de tu pregunta?

—Pues bien, ángel mío, yo sé que tu alma virginal y pura ha permanecido, hasta escuchar mi voz, cerrada a las tiernas emociones del amor, como permanece la rosa dentro del botón, a los halagos de la embalsamada brisa; yo creo en la sinceridad de tus amorosos juramentos, como creo en la invariabilidad de tu cariño, de mis ardientes sentimientos, de mi amor; yo creo que me amas y me amarás como yo te amo y te amaré mientras el Hacedor del mundo mantenga la actividad de todos los seres que forman y mueven la esplendente máquina del Universo; yo creo que ningún mortal sobre la tierra ha tenido la inefable dicha de escuchar de tus divinos labios palabras de esperanza y de consuelo, de preferencia y de amor, sino yo, a quien has querido hacer sentir en este miserable planeta todas las delicias de la gloria; yo creo en todo esto, porque conozco a fondo tu angelico corazón; sí, yo creo en todo esto; pero, ¿no habrá habido otro hombre que, subyugado por los encantos y atractivos que reunió en ti la naturaleza, haya aspirado a la posesión del bello sér engalanado con ellos? ¿Nadie, sino yo, habrá tenido la dicha de hacer llegar a tu casto oído las dulces palabras dictadas por el amor?

—Tú fuiste el primero de cuya boca escuché los acentos de esa pasión en que hoy cifro mi felicidad.

—¿Será posible?—dijo Rafael arrebatado de gozo.

—Sí, te lo aseguro.

—¿Y después?

—¿Después?—exclamó Luz sorprendida con aquella inesperada pregunta.

—Sí; no me ocultes la verdad. ¿No ha habido después quien te haya expresado idénticos afectos a los míos?

—Pero, ¿por qué me haces esa pregunta?—contestó la joven, buscando el medio de eludir una respuesta categórica, con la cual pudiese comprometer la vida de su padre, como le había amenazado Willey.

—Ya te he dicho que empiezo a sospechar que el empeño de prolongar el destierro de tu padre, reconoce por origen retardar nuestra unión por alguno que te ama y envidia mi felicidad.

—Y aun cuando así fuese, ¿podrán los obstáculos que pongan todos los hombres del mundo, cambiar la pasión íntima de mi corazón? ¿No serán mi alma y mi voluntad siempre tuyas?

—Sí; dudar ni un solo instante, sería ofender la sinceri-

dad de un ángel; pero no se trata de tu amor para conmigo, sino de la pasión de otro hombre hacia ti.

—¿Quién quieres que me hable de pasión y de cariño, cuando nadie entra en casa sino tú y el doctor Willey?

—De ese nada tengo que decir, pues es el que me ha acompañado a todas partes, secundando mis deseos de salvar a tu padre; es un buen amigo, que se interesa por mi felicidad.

La joven se tranquilizó al verse de aquella manera libre del compromiso de acusar al hombre cuyas amenazantes palabras la tenían en continuo sobresalto.

Nadie más que ella hubiera querido arrancarle la máscara de amistad con que se encubría, y presentarle a los ojos de su confiado amante con toda la deformidad de su alma negra; pero la contenía el temor de provocar su enojo y de que realizase sus terribles amenazas.

—Es decir—añadió Rafael—, que nadie de los que cruzan la calle a todas horas, ninguno de los que veo que esperan tu salida, se ha declarado tu amante.

—Ninguno.

—Entonces, es preciso convenir en que es un enemigo implacable y tenaz, que debe conservar un inveterado encono a tu querido padre. Pero más vale que reconozca esta causa, que no la que empezaba a sospechar; sí, porque con más tranquilidad y empeño que nunca continuaré trabajando hasta conseguir salvarle.

—Y ¿crees que lo conseguirás pronto?

—Tal vez en la semana próxima.

El doctor escuchó atentamente.

—¡Oh!... ¿De veras?

—Al decirme el oficial mayor del ministerio los nuevos cargos que se le hacían, y por lo cual no había sido alzado su destierro, me prometió que el retardo sería de muy pocos días.

—Dios lo quiera!

—Me lo ha prometido solemnemente, y yo no dudo que lo conseguiré, cuando mantiene estrecha amistad con el ministro.

—Bien, bien; yo también participo de tu confianza; yo también creo que pronto van a concluir todos nuestros padecimientos, para vivir juntos y felices toda la vida.

—Sí; dentro de pocos días tendremos el gusto de saber que está en libertad tu inocente padre, y en cuanto llegue a México, se realizará nuestro deseado enlace.

—Pero en tanto que llega ese venturoso día, tú vendrás a todas horas a verme, ¿no es verdad? Tú vendrás a desva-

necer los temores que a cada instante me asaltan, no te separarás nunca de mi lado.

—Sí, Luz mía; yo estaré contigo todo el tiempo que me lo permitan mis ocupaciones, para hablarte de nuestro risueño porvenir, del resultado de mis pasos, de mis proyectos, de mi amor.

—Ese es mi más ardiente anhelo; porque cuando no escucho tu voz, mi corazón pierde la esperanza que tú sólo sabes inspirarle; me parece que me cercan mil peligros, y que nuestros sueños se convertirán en amarga realidad.

—Desecha esas lúgubres ideas; ¿qué motivo existe para que des acogida a esos temores?

—No lo sé; pero por más que llamo a la razón en mi auxilio para vencer la continua alarma de mi alma, jamás lo consigo sino cuando alcanzo la dicha de mirarte a mi lado.

—Pues bien; pronto acabarán tus recelos; y para empezar a poner término a ellos, voy ahora mismo a saber el resultado de la entrevista de mi amigo el oficial mayor del ministerio con el señor ministro.

Y Rafael se puso en pie y tomó el sombrero para marchar.

—¿Te vas tan pronto?

—Es indispensable, porque di mi palabra de ir a saber lo que se ha dispuesto; además, deseo pasar por la calle de Willey para saber lo que él ha conseguido, y comunicarle lo que yo espero alcanzar.

—¿A ver a Willey?—dijo Luz, sobresaltada.

—Sí.

—¡Ah! No vayas..., nada le digas...

—¿Por qué? ¿No ves el interés que toma por salvar a tu padre?

—Sí..., es cierto—dijo titubeando la afligida joven—; pero..., no le veas..., yo te lo ruego.

—Pero al menos dame el motivo.

—Porque...—continuó Luz, con la misma turbación—, por la misma razón de que se interesa por nuestra felicidad, pudiera contárselo a otro amigo, éste a varias personas, y así, sin intentarlo, llegar a oídos de ese pertinaz enemigo, que pondría en juego todos los medios para perjudicarnos.

—Pero ocultar al doctor lo que le inundaría de placer...

—Así será después mayor y más grata su sorpresa.

—¿Tú lo exiges?

—No; yo te lo suplico.

—Pues será como lo pides; nada te puedo negar; adiós, Willey ignorará, por ahora, esto.

Y Rafael salió de la estancia sin ver al doctor, que se es-



—¡Oh!... Acceder a esa proposición sería un crimen.

condió detrás de la puerta, y que al verle pasar, entró en la sala en que quedaba sola Luz, exclamando:

—Willey lo sabe todo.

La joven quedó aterrada con aquella aparición.

—¿Ha escuchado usted?

—Sin perder una palabra.

—Entonces habrá usted visto que no he dicho nada que le haga sospechar de usted.

—Sí; estoy satisfecho de esa reserva; pero yo necesito algo más de la benevolencia de su sensible corazón. Lucecita, yo necesito escuchar de sus labios una palabra que anhelo, como anhela el justo la salvación de su alma.

—¿Qué quiere usted decir?

—Necesito escuchar de su divina boca una palabra que me inunde de felicidad; una palabra que vuelva a mi corazón la calma que su hermosura de usted le ha robado; una palabra de amor que transforme mi naturaleza, haciéndome de un hombre violento, celoso y vengativo, el más dócil, el más tierno y el más humano de los mortales.

—Señor Willey—dijo Luz con dignidad—, usted me encontrará dócil cuando sólo se trate de no comprometer la vida de mi padre; pero nunca me encontrará usted dispuesta a ser perjura al hombre a quien he entregado mi corazón; las mujeres como yo, harán un sacrificio para disimular el dolor que les ahoga y para no comprometer al hombre que las persigue; pero jamás mentirán un amor que están muy lejos de sentir.

—¡Oh!... No me robe usted hasta la esperanza de creer que seré amado; aborrézcame usted; pero finja usted siquiera que se compadece de mí; conozco que es imposible alcanzar la dicha de ser amado por usted; pero déjeme usted soñar una ventura tan necesaria como le es al pez el agua en que se mueve y al ave el viento en que se agita.

—Señor Willey, las mujeres amamos una vez, y amamos para siempre; no tengo más que un corazón, y ese es del hombre que, antes que usted llegase a conocerme, rindió a mis pies su aldebrío; para halagar a usted con un engaño que no le podría satisfacer, sería preciso desgarrar el pecho de Rafael y faltar a mi conciencia, cosas ambas opuestas a mi educación y a mis principios, y que nunca podré atropellar.

Willey hizo un gesto de indignación.

—Señorita—dijo el doctor, reprimiendo cuanto le fué posible la ira próxima a estallar—; yo no trato ni de que

usted falte a su conciencia, ni de robar a mi venturoso rival la dicha de enlazarle a usted para siempre; yo no me opongo a que él sea dueño de esa mano que yo codicio, no; consiento en que él sea el mortal favorecido a quien usted se enlace; confieso que hasta hoy he sido el obstáculo que se ha presentado a la realización de sus amorosos proyectos; pero hago solemne juramento de hacer desaparecer yo mismo ese välladar insuperable, sin que para ello me atreva a exigir más que una condición.

—¿Una condición?

—Una condición sencilla y salvadora que concilia todos los intereses.

—¿En armonía con los rectos principios de la moral?

—Completamente en armonía con ellos.

—¿Que salvará a mi padre y me unirá al hombre que amo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿cuál es esa condición?

—Que se una usted primero a mí.

—¿Cómo!...—exclamó sorprendida la hermosa joven, y retirando una mano que había tratado de estrechar entre las suyas el doctor.

—Sí; concédame usted la dicha de que yo sea el primero que la conduzca a los altares para tener la felicidad de llamarla mía una sola hora, un solo segundo, un solo instante; después de ese momento, que codicio como el único bien de la tierra, como el avaro las riquezas que le deslumbran, usted volverá a ser libre..., el obstáculo a su felicidad habrá desaparecido para siempre..., me quitaré la vida.

Luz retiró su silla horrorizada.

—Sí—continuó el doctor, exaltado por su vehemente pasión, y dejando ver en su encendido rostro el fuego de un amor infero, ardiente—; por un instante de felicidad, por un momento de amor, estoy pronto a sacrificar mi existencia.

—¿Oh!... ¡Me da usted miedo!...—exclamó la joven, levantándose de su asiento—. Yo no puedo aceptar ese amor que le abrirá a usted las puertas del infierno.

—¿Oh!... ¡No se vaya usted!—dijo el doctor, levantándose también y viendo que Luz se disponía a entrar en uno de los cuartos contiguos a la sala—. No se vaya usted.

—Me es imposible escuchar a usted.

—Pues yo le conjuro a usted a que me oiga, si no anhela la muerte de su padre.

—¿De mi padre!...—dijo la joven deteniéndose.

—Ya sabía yo que me escucharía usted.

—¿Sería usted capaz de atentar contra su vida?

—Yo, no; pero sí la ley.

—¿Cómo!...

—Su padre de usted conspira en el sitio en que está desterrado, contra el gobierno, y puedo delatarle.

—¿El!

—Ya ve usted que tengo en mi mano su vida, y que una palabra mía bastaría para echar por tierra los pasos dados por Rafael, y aun para perderle.

—Y ¿usted es capaz de pronunciar esa palabra?

—Yo soy capaz de todo por alcanzar la dicha de poseer a usted un solo instante.

—¿Ah!... Si es cierto que usted me ama; si es cierto que usted anhela mi felicidad, no me condene usted a perpetuo llanto.

—En su mano de usted está cambiar en un instante su suerte; condescienda usted en ser mía antes que de ningún otro hombre; vierta usted por un momento en mi alma las delicias de esa felicidad que anhelo, y mi muerte la dejará a usted en libertad después para obrar a su albedrío.

—¿Oh!... Acceder a esa proposición sería un crimen.

—Y, sin embargo, no le queda a usted otro remedio; o su amor de usted, el amor legítimo de esposa de un día, de una hora, de un momento, o la desgracia del hombre que le dió a usted la vida; elija usted.

La joven quedó aterrada con aquella terrible proposición; juntó las manos con expresión dolorosa, alzó al cielo sus azules ojos cubiertos de lágrimas, y permaneció en religioso silencio.

—Pronuncie usted su sentencia—exclamó el doctor, viendo que permanecía callada.

—Mi amor no me pertenece ya—exclamó con afligido y doloroso acento.

—¿Ni por un instante?

—Ni por un instante; es de un hombre...

—Que nunca gozará sus delicias—dijo el doctor con voz aterradora, arrebatándole la palabra—: lo juro.

Y Willey se dispuso a salir.

Luz iba a detenerle, al mismo tiempo que Rafael se presentó en la puerta de la sala.

El doctor, creyendo que había sido escuchado, metió con disimulo la mano al bolsillo del paletó, y acarició una daga de que siempre iba armado.

¿Qué sucedió después?

En la continuación de los sucesos que nos esperan encontrará el lector la respuesta a esta pregunta.